

y todo, á mi alrededor,
 por disimular lo que es,
 se asombra de lo que soy;
 no es mi sangre, no es mi gente,
 no es mi mundo este en que estoy;
 si amargado lo abandono,
 no me pidas la razón.

MAGDALENA

Padre mío, ¿á qué pedirla
 si en todo lo que habláis vos
 está latiendo el reproche
 de que la causa soy yo?

JUAN PABLO

¡No!

MAGDALENA

Ni de ello hablemos, padre;
 que, al cabo, si fué el amor
 causa que, no resistiéndole,
 Dios mismo en él sucumbió,
 siendo yo humana y mujer,
 no pude hacer más que Dios.
 Pero, el amor puesto á un lado,
 ¿qué otro daño os hice yo
 que á vuestras santas palabras
 da tan amargo el sabor?
 ¿De abandonarnos habláis
 y no os mueve el corazón
 ver, cuando os oigo, el horrible
 remordimiento en que estoy?

JUAN PABLO

No te culpo de mis penas.

MAGDALENA

No importa; me culpo yo,
 que cuando á paces estábamos
 metí el rayo entre los dos.

JUAN PABLO

Tú, al cabo, ignorabas...

ISABEL

¡Nada!

Pero cediendo á mi amor,
 no olvidé de dónde vino
 la sangre á mi corazón;
 creció con mi amor mi vida,
 no es que de nuevo empezó;
 todas las raíces de ella
 más las siento en mi interior,
 desde que el árbol dió fruto,
 desde que un nido colgó
 del árbol, pesando en él
 con la bendición de Dios.

JUAN PABLO

Con todas estas razones,
 hija mía, aunque ellas son
 parte á endulzarme las penas,
 no has de remediarlas hoy...
 La fatalidad no tiene
 quién la mueva; reo soy
 y España me ha sentenciado,
 por Flandes, de sedición.

MAGDALENA

Consejero es de Justicia
Diego, y rogaré por vos.

JUAN PABLO

Don Diego no ha de otorgar
lo que está sobre el honor
y el deber.

MAGDALENA

Don Diego es mío
y con él me entiendo yo.

JUAN PABLO

No estuviera yo en su casa,
Magdalena, como estoy,
si, entrando en ella, esperara
de Don Diego protección.

MAGDALENA

¡No fuera esta casa mía
como lo es, si, estando yo,
lanzas entraran en ella
para arrancaros á vos!

JUAN PABLO

(Irguiéndose.)

¡No entrarán; saldré yo mismo!
¡No me escondo, el rostro doy
y, con marcharme, esta casa
libro de un nuevo baldón!

MAGDALENA

¡Padre!

JUAN PABLO

(Saliendo torpemente y trágicamente.)

¡Llevamos dos rumbos!

MAGDALENA

(Con un gesto rápido, abriendo la puerta donde internó á sus protegidos, que salen todos, rodeándola.)

Pintor Juan Pablo: estos son
vuestros flamencos, movidos
á rebelarse por vos;
pacto de vida ó de muerte
con ellos hicisteis; hoy
asilo me demandaron
y asilo otorguéles yo:
si salís, abandonándoles,
que en cuenta os lo tome Dios;
¡yo, por seguir vuestros pasos,
les dejo sin protección!

(Juan Pablo vacila y se detiene.)

HANS

(Tendiéndole sus brazos.)

¡Meser Juan Pablo!

BERTA

¡Maestro!

JUAN PABLO

(Corriendo á ellos.)

¡Hijos míos!... ¡Pocos sois!

(Todos le rodean; él después de mirarlos.)

HANS

¡Magdalena es vuestra sangre;
no la desmiento, señor!

JUAN PABLO

¡Gracias, Dios mío!... ¿Y qué intentas,
hija?

MAGDALENA

¡Emplear el amor
que os abrió tantas heridas,
en óleo de todas, hoy!

(Mander é Isabel Clara entran apresuradamente por la puerta del fondo.)

MANDER

(Alarmado, gritando.)

¡Llegan Montigny y sus lanzas!

JUAN PABLO

(A su hija.)

Mis perseguidores son.

MAGDALENA

(Yendo á él.)

¡Padre!

HANS

¡Juan Pablo!

ISABEL

¡Ocultaos!

JUAN PABLO

¡Jamás!

MAGDALENA

(Reaccionando.)

¡Os lo pido yo!
Ya oísteis que vuestra sangre
no la desmiento, señor;
si arranco á España una vida,
no habrá de ser con baldón.

(A su padre y á todos, imponiéndose con su actitud.)

¡Vosotros dentro, aguardando
mientras da un plazo el honor;
yo entre vosotros y España
y árbitro de todos, Dios!

(Ella misma ayuda á los perseguidos á internarse; suena vocerío del pueblo, precediendo á las lanzas. Entran algunas mujeres y niños en la escena. Mander, Isabel

y la Groninga y Potter, que acaban de salir al ruido, forman grupo junto á Magdalena, que estará sobre el primer peldaño de la puerta grande, cruzados los brazos, esperando la aparición de Montigny. Entra este capitán con guardias valonas ó suizas en escena. Griterio de chiquillos. El tambor, á las órdenes de Montigny, redobla para imponer silencio. Terminado el redoble, deja el tambor en el suelo su alla caja, colocan sobre ella una madera, hace un nuevo signo con la espada Montigny y el pregonero de la Justicia sube á la improvisada plataforma para leer la siguiente citación. Se ha hecho un gran silencio.)

PREGONERO

(Leyendo.)

«Por España y la muy noble Católica Majestad del Rey Felipe; yo, Alberto, su obligado y su leal, Archiduque de Austria, usando mi mando y mi autoridad, y en estos Estados Bajos, gobernador, vengo á dar á vos, Barón Montigny, de mis Lanzas capitán, orden que, buscando al dicho pintor Juan Pablo Godart, le prendáis y entregá de él

hagáis á mi Tribunal; que, si se resiste, venia para atacarle se os da. Que al que le encubra ó defienda, le alcance castigo igual; por herético, enemigo de España y Su Majestad y de la Romana Iglesia Madre nuestra, le serán sus haciendas confiscadas, retenida su heredad. Asimismo: niego venia á Arzobispo, Cardenal, obispos, prior, abades y otra cualquier dignidad para confesarle, salvo si en su error quiere abjurar, y en la causa de su vida que entienda mi Tribunal.»

(Gran silencio: descende el pregonero de su plataforma y avanza Montigny.)

MONTIGNY

¿No oisteis?... ¿No está en la casa meser Juan Pablo Godart?
¿Esperáis que den mis lanzas, para que habléis, la señal?

MAGDALENA

Barón Montigny, debisteis mirar bien, antes de hablar, la alcurnia de quienes oyen y la casa donde estáis;

que, si plumas de curiales
dan fueros á un capitán,
el ser yo dama y honesta
trato y condición me da
para que, si bien nacieron
y en buena crianza están,
barran el suelo con plumas
los que me quieran hablar.

*(Pausa. El barón Montigny lleva
la mano á su chambergo y salu-
da á la dama largamente. Expecta-
ción.)*

MONTIGNY

Perdonad; ni yo sabía
que, hablando, me ibais á honrar,
dama, ni cuya es la casa
en que mis lanzas están.
De orden de nuestro Archiduque,
busco á Juan Pablo Godart;
dijéronme que le han visto
penetrar este zaguán;
si le ocultáis, entregadle;
si no le entregáis, pensad
que al que le encubra ó defienda
le alcanza castigo igual.

MAGDALENA

Barón Montigny, estas son
las paredes del solar
donde habita el Consejero
Acuña de Carvajal;
si el ser Justicia en España
no da á un hombre autoridad

sobre lanzas de soldados
y audacias de capitán,
del tal reino y tal justicia
poco se puede esperar.

MONTIGNY

Señora: honrando la insignia
de Acuña de Carvajal,
¡un Consejero no puede
lo ya fallado, enmendar!
Todos los Justicias callan
donde habló Su Majestad,
y este rescripto, en que ha puesto
el Duque su autoridad,
Consejeros y soldados
lo han de acatar por igual.

MAGDALENA

No os lo niego; pero, al menos,
Barón Montigny, esperad...

MONTIGNY

*(Impaciente: las gentes murmuran
y el capitán quiere acabar pronta-
mente, viendo llegar el tumulto.)*

¡El Rey no espera, señora,
y el Rey con nosotros va!

MAGDALENA

¿Luego es fuerza?

MONTIGNY

¡Traigo lanzas!

MAGDALENA

¡Soy dama!

MONTIGNY

¡Pasando estáis
á reo, y un reo excusa
tratamiento á un capitán!
Juan Pablo Godart; le busco :.
¡responded si le entregáis!

MAGDALENA

No : ¡lo exigís de tal modo,
que os le tengo de negar!

MONTIGNY

¡Yo haré por él!

MAGDALENA

¡Dios con todos!

MONTIGNY

¡Y por vos!

MAGDALENA

¡Mejor será;
que, al cabo, puesto á villano,
no cuenta el menos ó el más!

UNA VOZ

¡Cobarde!

(Tumulto.)

MONTIGNY

(A los soldados.)

¡Tomad la casa!

MAGDALENA

¡Válgame España! Ahora entrad.

(Se inicia un movimiento, y, atropellando por todos y conteniendo al capitán y á las lanzas, entra en escena Don Diego Acuña precipitadamente: le siguen Potter y alguien más que habrá ido á avisarle. Al verle, Magdalena corre á sus brazos, gritando.)

¡Diego!

DON DIEGO

(Severo, conteniéndola con la voz y el gesto delante de la multitud.)

¡Señora!...

(Al oír el nombre de Don Diego, se habrá abierto la puerta pequeña y saldrán á escena, dispuestos á entregarse, Juan Pablo y los demás flamencos. Con un gesto los detiene Don Diego, como ha detenido á las lanzas. Mira en seguida á Magdalena, dispuesto á escucharla. Expectación. Don Diego domina el cuadro desde que aparece.)

MAGDALENA

En la tremenda prueba,
toda palabra me parece poca;
Diego, evítale esfuerzos á mi boca
y al corazón todo tu amparo lleva.
Si mudo me preguntas,
por vez primera, con tus ojos fríos,
¡ve mi respuesta : con las manos juntas,
lloro y pido por éstos, que son míos!

(Cae de rodillas, besándole la mano; sin dejarla casi arrodillarse, la obliga á alzar Don Diego, haciendo esfuerzos por aparecer sereno y dominando una emoción intensa. Ya en pie Magdalena, vuelve Don Diego el gesto al capitán Montigny.)

DON DIEGO

Capitán Montigny, ¿qué tropa es ésta?

MONTIGNY

(Alargándole el rescripto del Archiduque, que Don Diego tomará en sus manos y leerá entero para sí.)

Ved lo que manda el Archiduque Alberto.

DON DIEGO

(Después de haber leído: serenamente.)

¿Y dar remate á lo mandado os cuesta?

MONTIGNY

(Excusándose.)

Medió el empeño de una dama...

DON DIEGO

(Siempre sereno.)

Es cierto.

Pero se ordena aquí, cuando defienda
quienquiera ó cuando encubra al perseguido,
que sin piedad vuesa merced lo prenda,
y vos, seor capitán, no habéis cumplido.

MONTIGNY

(Asombrado.)

¿Debf?...

DON DIEGO

Debéis, pues que esta dama ampara
al preso y las justicias atropella,
poner los hierros que trajisteis para
las manos suyas, en las manos de ella.
Fuera ella vuestra madre, y no se fuerza
que, cayendo en delito,
la haga inmune : la ley no hay quien la tuerza ;
delinquiré, castigadla : ello está escrito.

(Montigny da un paso. Cambio en Don Diego, que le hace frente.)

Pero la amparo yo, y os tengo el brazo ;
movedle vuestras lanzas y sois muerto.
¡Aquí entra Diego Acuña y abre plazo

á lo que manda el Archiduque Alberto!

*(Rasga la orden del Archiduque.
Retrocede Montigny, espantado.)*

¿Vacilaréis?... ¿Y es justo en este trance,
capitán, que el deber no se os alcance?

MONTIGNY

(Apurado.)

Monseñor Consejero...

DON DIEGO

¿Quién me llama,
pues falté á la justicia, de esta suerte?

(A las lanzas, entregándose.)

Soldados: por España y por mi dama,
llevadme á las prisiones ó á la muerte.

MAGDALENA

(Da un paso hacia él.)

¡Diego!

DON DIEGO

*(Frio, señalando á los persegui-
dos y á Juan Pablo.)*

Libres ya son.

*(Magdalena, Juan Pablo y los de-
más quieren oponerse al gesto, dán-
dose á las lanzas.)*

¡A las prisiones,

capitán Montigny!... ¡Nunca traiciones
hizo esta espada, pero está partida;

(La rompe en dos mitades.)

con ella rota, rota va mi vida;

*(Entrega la espada, haciéndose
prisionero, al capitán.)*

¡disponga el cielo de mi suerte ahora!

*(Vuelto á Magdalena, con senci-
llez.)*

¡España y yo somos así, señora!

*(Da orden él mismo al pelotón y
salen. Magdalena y Juan Pablo es-
tán abrazados.)*

TELÓN RAPIDO